



El cazador

OSVALDO AGUIRRE

El epígrafe dice: “Uno de los delincuentes es conducido a la seccional decimoquinta”. Tal cual, la imagen muestra a dos policías que llevan a un muchacho esposado, con la cabeza y el torso cubiertos por su remera. Se supone que intervino en el asalto a los pasajeros de un colectivo. Al costado se ve al patrullero de la comisaría, un Chevrolet Corsa, con la puerta del conductor abierta, como si acabara de llegar.

Uno de los policías aferra al chico por el cuello y mira al piso, en una posición natural. La camisa un poco salida y el gesto concentrado subrayan su aspecto gris. El otro, en cambio, posa con un cigarrillo en la boca y la mirada hacia delante, como si dijera “estoy haciendo algo importante”. Por detrás asoma el camarógrafo de Canal 5.

Esa es una de las fotos que guardé de las muchas que tomó Carlos Rolando.

No recuerdo bien cuándo comenzó a trabajar en el diario. La fecha precisa, quiero decir. Sí recuerdo que la primera vez que lo vi, en un incendio, él se presentó como cazador de noticias. Y me extrañó porque la palabra cazador no condecía mucho con su figura, la de un gordito sobón, siempre dispuesto a festejar a los demás. Todavía más me extrañó porque los bomberos que hacían un cordón para contener a los curiosos lo dejaron pasar enseguida, mientras el resto de los periodistas estuvimos un largo rato mirando desde afuera cómo el fuego arrasaba con lo que había sido una fábrica.

Rolando iba en un ciclomotor, con una cámara, filmaba cosas que ocurrían en la calle y después le pasaba ese material a los canales de aire. Solo le interesaban los sucesos policiales. Conseguía notas que los demás periodistas no conseguían. Era el que llegaba primero al lugar de los hechos, como se dice. No había ningún misterio: era amigo de la policía, él mismo una especie de policía aficionado. Se lo veía contento, expansivo, su sonrisa no parecía tan falsa cuando lo rodeaba, por ejemplo, alguna patrulla del Comando Radioeléctrico.

De los canales pasó al diario. Fue después de un día de huelga que terminó con el triunfo de la empresa y el inicio de los retiros voluntarios. Primero hacía notas ocasionales pero enseguida se convirtió en un colaborador permanente. El jefe de la sección Fotografía lo justificaba por cuestiones

prácticas: Carlos Rolando era el único que estaba dispuesto a cubrir el turno nocturno, el que comenzaba a las diez de la noche.

Con él comenzamos a ver imágenes que rara vez conseguían los otros fotógrafos. Cadáveres todavía frescos, básicamente. Y en eso había una gran diversidad: tipos con la cabeza hundida de un hachazo, cuerpos desnudos en la camilla de la morgue, ojos abiertos que mantenían la última mirada de una vida. Las presas del cazador.

Pero no tenía gran idea del oficio. Durante un tiempo había hecho fotografía y filmaciones de cumpleaños de quince y de casamientos. Era uno de esos fotógrafos que llevan a las parejas al parque Independencia, que les hacen bromas con la noche de bodas y les sacan fotos junto al laguito o en un bote. El otro antecedente era un poco más acorde, y agregaba una línea solemne en su currículum: investigador auxiliar en una agencia de detectives.

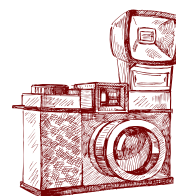
Rolando explotaba su apariencia insignificante para seguir a esposos infieles en los hoteles o por la calle. Trataba de sorprenderlos con su cámara en alguna situación comprometida. En una imagen solo tiene sentido aquello que puede ver el que mira, y esas fotos que no le decían nada a un observador desinteresado tenían fuerza de revelación para sus clientes. Pero llegó un día en que se cansó de poner la cara y hacer el trabajo pesado, y pensó en su propio negocio.

Tenía una cámara de revelado instantáneo, y a veces les ofrecía las fotos a los tipos en el momento, les pedía plata para destruir esa prueba. Otras veces les sacaba más el jugo: primero una copia, después otra, al final, si lo tenía, el negativo. Como si deshojara una margarita.

El detective para el que trabajaba terminó por enterarse. Rolando se salvó de una paliza gracias a la intervención casual de un policía; y esa fue la primera de las nuevas relaciones que comenzó a tramar y que lo introdujeron en un nuevo mundo.

En “Un policía junto a los jóvenes, de 20 y 16 años, apresados tras asaltar al motoquero”, la imagen fue tomada en la comisaría cuarta, supuestamente después del procedimiento. Los detenidos están de espaldas, con las manos esposadas; el policía, de perfil, toma del brazo a uno y mira hacia la cámara, igual que un domador de fieras.

No estuve en ese momento, pero el gesto del policía no pudo ser casual. Rolando daba indicaciones antes de sacar las fotos, hacía actuar a los policías, incluso en secuencias, como si estuviera haciendo la producción de una fotonovela, y eso sí me consta; en fin, el gesto del policía al tomar del brazo a uno de los detenidos es completamente inútil y solo puede explicarse por su forma de animar la escena.



A diferencia de otros fotógrafos, él intervenía activamente en las situaciones. A veces se ponía a hablar; sumaba su voz al coro de los que reclamaban penas de muerte o condenaban un robo, siempre con la costumbre de correr a la gente para el lado que disparaba; y se olvidaba de sacar las fotos.

La mayoría de las imágenes corresponde a episodios sin importancia, y es, al mismo tiempo, simplemente horrible. En esta que ahora veo hay un auto con la trompa incrustada bajo un camión. En segundo plano aparecen policías y bomberos. Un policía y un bombero toman notas y parecen intercambiar datos. Otro policía se vuelve para mirar a la cámara, supuestamente distraído, como si dijera oh, un fotógrafo.

En otra hay atados de cigarrillos, un par de cuchillos, encendedores, algunas cajas de golosinas. El botín de un robo de pacotilla. En otra se ve el frente de un cotillón donde a un vecino asustado se le escapó un tiro. En otra, cuatro policías del Comando Radioeléctrico tienen a dos escuchantes que levantaron la persiana de una verdulería, por la noche, y se llevaron lo que encontraron a mano: una balanza, un reloj, una calculadora. Los detenidos están acostados en la caja de la camioneta, uno de los policías aparece parado junto a ellos, con una Itaka, otro cierra la caja de la camioneta. La foto sugiere que el procedimiento está en curso, pero muy probablemente se haya tratado de una recreación a pedido del cazador.

Sus recursos eran también su límite: llegaba primero gracias a la policía, pero tenía que servir a la propaganda que necesitaba la policía.

Salimos un par de veces a hacer notas. La primera nos demoramos, porque él no quería ir. Justo era el momento en que el diario festejaba su aniversario, y había copetines y bebidas, estaban los gerentes y algún miembro del directorio. El ambiente en el diario se había puesto otra vez tenso, por el despido de una decena de pasantes. Rolando no quería perderse la ocasión de estar cerca de los gerentes por un robo en la villa. Tuvo que acompañarme, y en el camino dio rienda suelta, con toda franqueza, a su odio hacia las villas y los villeros, esas fábricas de delincuentes, esos mutantes que no merecían vivir y que sin embargo vivían mejor que la gente honesta, con su aire acondicionado, su ropa de marca, su televisión satelital. Pero como hicimos rápido, pudo volver a tiempo para picar algo y sacar fotos al gerente de recursos humanos y al gerente comercial.

La segunda nota fue por un accidente de tránsito. Una pavada de la que no me acordaría si no fuera por lo que hizo Rolando. Habían chocado un auto y un micro escolar, sin lesionados, sin ninguna consecuencia grave. Ni siquiera había sido un susto; el micro iba sin pasajeros.

Llegamos un momento después del choque. El cazador se metió en medio de la discusión. Habló con el conductor del auto, con el del micro, con los policías. Les dio la razón a todos. Al fin, hizo una decena de fotos de los daños de los vehículos y se quedó pensando.

Teníamos un auto esperándonos, con Carranza, el chofer del diario, impaciente porque en las salidas se las rebuscaba haciendo una distribución de quesos y salames de campo. Rolando nos pidió un minuto. Volvió a encarar al conductor del auto y le dio una tarjeta. Eran los datos de un oficial que arreglaba sumarios de accidentes, y su propio teléfono, porque el tipo necesitaría las fotos que había hecho.

—Estos accidentes solo les importan a las compañías de seguros —se justificó Rolando, cuando volvíamos. Pareció enojarse—. Y los hijos de puta de las compañías están podridos en plata —agregó y levantó la voz, como si discutiera con alguien—. Bueno, iponiendo estaba la gansa!

Sin embargo Rolando fue el mejor fotógrafo de sucesos policiales que conocí. En “Rubén Osuna, de 18 años, fue hallado sin vida a cuatro cuerdas de su casa”, el cazador muestra el momento en que cargan el cuerpo en la mortera del Sies. Se alcanza a ver que el cadáver está desnudo, en la camilla, que sobresale del furgón.

Un policía, con guantes de látex, parece manipular el cadáver. El chofer de la mortera, de guardapolvo blanco, mira a alguien que está fuera de cámara, desinteresado de la escena. Las paredes de la mortera son espejadas, de manera que la imagen se repite en sí misma, el policía, el chofer y el logo del Sies, invertido, se reflejan en ella, como si fuera una caja china.

Rolando capturó el hecho policial, ese núcleo duro de sangre y miedo que nos deja sin palabras, esa cercanía inusitada de lo real, en muchas de sus fotos. En “Tres heridos al embestir un motociclista a un peatón”, un joven yace con los ojos cerrados y el cuello envuelto en un trapo, algo que no se distingue bien. A su lado, en cuchillas, de espaldas a la cámara, se ve a una enfermera, que tapa otro hombre que parece trabajar sobre el cuerpo bajo la mirada de un tercer enfermero, de pie, medio inclinado. Al lado del herido hay una camilla y se observa también un auto particular, presencia extraña ya que la crónica no menciona ningún otro vehículo aparte de la moto. Se han reunido vecinos y uno, de camisa blanca, con las manos en los bolsillos, adelantándose al resto, representa al curioso, esa claqué muda de la desgracia.

En “A Luis García lo atacaron con un tubo fluorescente para robarle en pleno centro”, la foto muestra precisamente al tal García, en el hospital, con sangre en la cara, la barbilla y la ropa y la mirada entre perdida y sufrida. Y en “Un ladrón fue muerto a tiros en un presunto enfrentamiento

con policías”, un policía del Comando sostiene el arma que supuestamente llevaba el muerto, un descerebrado que pretendió asaltar un camión blindado, en el patio de un *shopping*. La policía fue a buscarlo a la villa de acceso Sur y Ayolas, dice el subcomisario Rando, especialista en inventar enfrentamientos y en conseguir confesiones instantáneas. Le dieron la voz de alto y disparó contra los agentes “que debieron repeler la agresión”. Rando dice que “habría actuado bajo los efectos de alguna droga”.

—Te gusta? —me preguntó, una vez. En el servidor de fotos del diario brillaba su nota del día: un remisero al que le habían volado, como se dice, la tapa de los sesos.

—No sé si es una cuestión de gusto —dije.

En una foto, el remisero estaba todavía sentado al volante, pero con la cabeza llena de sangre. En la siguiente, unos enfermeros de uniformes verdes y blancos lo acomodaban en una camilla. En la última el auto aparecía con las puertas abiertas y un policía de civil ocupaba el asiento del conductor.

—Ah, no te gusta —contestó Rolando—. Bueno, esa es la verdad. Eso es lo que pasó. Te puede gustar o no, pero es la verdad.

Tampoco recuerdo la fecha concreta en que se fue del diario. Pero no hay ningún misterio, porque Rolando sencillamente no pudo seguir con nosotros.

El despido de los pasantes fue motivo de una larga negociación que terminó en la nada. La empresa resolvió sancionar a la redacción por firmar un petitorio en solidaridad con los despedidos y por difundir el conflicto en la calle.

Ese día, el de la sanción, hicimos un acto frente al diario. Cortamos la calle y repartimos volantes entre la gente que pasaba. Había un megáfono; los delegados y los pasantes hablaron al público. En medio de un discurso hubo un tumulto, volaron algunas piedras contra el edificio del diario.

Tardé en entender qué pasaba: alguien nos observaba desde el balcón de la planta alta. Era Carlos Rolando. Nos sacaba fotos, y probablemente llevaba un rato. Su cámara iba y venía de derecha a izquierda, como la mira de un cazador antes de enfocar el mejor ángulo para capturar a su presa. ■

Oswaldo Aguirre (Argentina)

(Colón, Buenos Aires, 1964). Estudió Letras en la Universidad Nacional de Rosario. Ha publicado, entre otros, los libros de poemas *Lengua natal* (2007) y *Tierra en el aire* (2010); las novelas *Todos mienten* (2009) y *El novato* (2011); el libro de cuentos *El año del dragón* (2011); las crónicas *Los pasos de la memoria* (1996) y *La Chicago argentina* (2006), y un libro de entrevistas. Integra el consejo de redacción del periódico *Diario de Poesía* y el equipo curatorial del Festival Internacional de Poesía de Rosario.